

ENZO TRAVERSO, *LA HISTORIA DESGARRADA*. Ensayo sobre *Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001, 253 páginas.



RESEÑA: Gimena María Reyna Ibarrola¹

Los intentos por comprender la naturaleza del régimen instaurado en Alemania tras el ascenso del nacionalsocialismo, han llevado a numerosas discusiones entre los analistas, siendo altamente ilustrativa la famosa “Controversia de los Historiadores” o *Historikerstreit* que se desarrolló en Alemania durante 1986 y 1989, y que al día de hoy resulta fundamental para la discusión de la historia reciente, el rol del historiador frente a su comunidad y lo que se denomina el “uso público de la historia”. Sin embargo, las aproximaciones a los crímenes ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial en Europa, que constituyen uno de los capítulos más negros de la historia de Occidente, han sido tema de debate relativamente tardío. De esto mismo se preocupa Enzo Traverso en *La historia desgarrada, ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales* al partir de la premisa del descubrimiento prácticamente reciente de Auschwitz para el imaginario occidental.

Radicado desde 1985 en Francia, Traverso se especializa en la historia contemporánea y es experto en los estudios sobre la cuestión judía. Autor de numerosas obras, publicaciones en distintas revistas académicas y coautor de libros, este italiano nacido en 1957 nos propone un recorrido entre los intelectuales europeos de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, que reflexionaron sobre el genocidio judío, demostrando claramente que la problemática ocupaba un lugar marginal en el seno del pensamiento europeo. No es su objetivo, por lo tanto, exponer interpretaciones en torno al terrible hecho de la historia mundial, sino repasar las trayectorias intelectuales de las figuras que él considera trascendentales en el siglo XX y que se relacionaron con el genocidio, basándose en un criterio personal que no impone como absoluto. Por lo tanto, disputas en torno a la búsqueda de responsables y de culpables no se hallarán en estas páginas, lo que no significa que los intelectuales elegidos no se hayan pronunciado sobre el tema: serán sus voces excepcionales frente a la tragedia las que cobren vida en el libro.

La ruptura de la civilización estaría anclada en el instante en que se exhibió la capacidad auto-destructiva de la sociedad. Desde este punto de vista, la relación entre el proceso de modernización y su vinculación con la barbarie, el terror y el asesinato a escala masiva es propio del siglo XX y exclusivo de la historia occidental. El desgarramiento en la historia, es la herida que rompe con la solidaridad que prima entre los hombres: allí radica la singularidad de Auschwitz y el surgimiento de la noción de genocidio.

La pregunta inicial sería, porqué calló la enorme mayoría de los académicos en el momento posterior a la guerra. Por lo tanto, elegir a aquellos que sí mantuvieron

¹ gimena_reyna@yahoo.com.ar

algún tipo de diálogo con la tragedia implica ir en busca de las excepciones. El primer apartado, pues, es una clasificación de ellos según su posición respecto a Auschwitz y a la vez, desde un compromiso político con respecto a su posicionamiento ante el nacionalsocialismo. De esta manera, la categoría central es la de “alertadores de incendio”, la cual engloba a aquellos que tomaron la cuestión en el centro de sus escritos, aquellos que encontraron en la matanza judía un hecho que debía ser contado y pensado y que eran, mayoritariamente, judíos exiliados, pero que Traverso se encarga de no identificarlos en un mismo medio cultural. Por otro lado, existieron individuos que colaboraron con el régimen desde la aprobación hasta la complicidad del silencio, encontrándose fascinados por el nazismo y por sus manifestaciones estéticamente cuidadas. En sus antípodas, están quiénes sobrevivieron y escaparon de los campos: las víctimas, quiénes nuevamente, no forman un universo homogéneo de pensamiento y acción. Finalmente, quiénes pudiendo ser catalogados como traidores, fueron ciegos ante la tragedia, resultando personajes atractivos desde la óptica del autor: fueron incapaces de ver la ruptura civilizatoria que preconizaban las cámaras de gas y los campos de exterminio.

Por lo tanto, existieron en algunas mentes lúcidas y premonitorias, indicios de lo que podría llegar a suceder. A esto se dedica en el segundo capítulo, donde introduce a Max Weber como uno de los primeros autores que, en las décadas anteriores al ascenso del nacionalsocialismo, volcó en sus escritos el problema de la racionalización de las sociedades y su tendencia extrema hacia una burocratización que asfixia al hombre. Traverso ingresa en el terreno literario cuando, introduce los trabajos de Frank Kafka, encontrando en obras como *La colonia penitenciaria* o *La metamorfosis* verdaderas profecías sobre el accionar de los nazis como victimarios brutales y grotescos, pero incluso más aterrador resulta pensar, tal como lo hace el autor que “la inversión de la culpa (el procedimiento por el cual un poder arbitrario transfiere a sus víctimas la responsabilidad de sus crímenes) es otro elemento central de la literatura kafkiana. No es difícil reconocer en ella la marca de la experiencia judía”². Admitiendo no ser el primero en encontrar tal conexión, ya que Arendt y Adorno lo señalaron antes, menciona y analiza esas obras del escritor de Praga en donde se vislumbra la burocratización ya mencionada, la deshumanización y la mecanización de la destrucción que posteriormente ejecutarían los nazis, quiénes, contrariamente a las ficciones kafkianas, se ocuparon de ocultar el crimen, realizando las masacres a escondidas de la mirada del mundo. Por último, Walter Benjamin es presentado como la figura que sospechaba el hundimiento de la civilización occidental con el advenimiento de la Solución Final, y cuyo abordaje venía de su contradicción personal entre ser marxista y judío al mismo tiempo. Hay que mencionar que nuestro autor establece a la Gran Guerra³ como el punto de inflexión que marcó las percepciones sobre la modernidad y el devenir de la humanidad en estos tres individuos y en cuyas

² Traverso, E., *La historia desgarrada.*, Barcelona, Herder, 2001, p. 57.

³ Me refiero a la Primera Guerra Mundial.

obras, ayudados por la luz apagada de Auschwitz, podemos analizar *a posteriori* una nueva forma de reflexionar sobre el desgarramiento de la historia.

La única mujer protagonista del libro es Hannah Arendt. Sobre ella se refiere en el tercer capítulo. Según Traverso, Arendt, reproduce la figura del judío apartida. Esta noción es de la misma autora que explicaba la exclusión de esos individuos de la comunidad humana por la ausencia de una adscripción política que les impedía tener derecho a opinión y que les ocasionó la arbitrariedad de un poder asesino sobre ellos. Para ella, pues, Auschwitz era una novedad que no lograba comprender del todo, que concernía a toda la humanidad y que vinculaba con uno de los conceptos que acuñó y desarrolló: el "totalitarismo", caracterizado por la privación de derechos y la creación de parias víctimas por parte del Estado. La otra noción rescatada por Traverso, como legado de la autora es la de "banalidad del mal", referida a la gran maquinaria burocrática y administrativa que se ocupó del exterminio judío, extendiendo la responsabilidad y la complicidad al conjunto de la sociedad alemana y a los países sometidos al Tercer Reich.

El siguiente capítulo se ocupa de Günther Anders, exiliado y exponente de la *intelligentsia* judeoalemana de Weimar, quien encontró en la trama que unía Auschwitz con Hiroshima el signo de la catástrofe sin retorno, el inicio de un nuevo mundo donde la humanidad entera corría peligro por sus propias creaciones técnicas. Este filósofo nacido en Silesia pensaba por igual ambos fenómenos, porque la bomba atómica marcaba que el asesinato industrial no era exclusividad alemana. Vocero único del peligro que corría la humanidad entera, el autor lo cataloga como un "intelectual comprometido" cuya calidad de exiliado permanente lo convertía en un ciudadano del mundo⁴.

Como retoma nuestro autor, Anders encontraba en el genocidio de los judíos el primer modelo o intento para llevar a cabo la destrucción masiva de un pueblo a través de los excesos de la técnica, deshumanizando a las víctimas y a los verdugos. Desde este punto de vista, Auschwitz como Hiroshima plantean que la humanidad entera no es ajena al peligro del exterminio a escala industrial.

El quinto apartado, teñido por el cuestionamiento a la civilización industrial y por el supuesto progreso occidental, introduce a Theodor Adorno al relato de Traverso, quien marca en su trayectoria intelectual la influencia de la Escuela de Frankfurt. Para este intelectual, que colaboró con Horkheimer, la deuda con Marx, Weber y Freud es enorme, dado que algunas de sus directrices los llevan a incursionar sobre el totalitarismo y la supresión de la alteridad en su seno.

La guerra sin odio que los nazis llevaron a cabo, totalmente desprovista de la "pasión de la violencia del pasado" no sólo indicaba la racionalización del régimen,

⁴ Traverso, E., *op.cit.*, p.111.

sino que imprimía los límites del avance occidental y la incumbencia de toda la humanidad en ese proceso. El legado de Auschwitz es, entonces, lograr que no se repita, que se adopte una nueva postura ética, y que la atrocidad de la masacre no se olvide.

La herida que marcó la experiencia desgarradora de un campo de concentración es resumida en la vida del poeta francés Paul Celan, cuyo objetivo, nos recuerda Traverso en el sexto capítulo, fue expresarlo a través de sus palabras: "el objetivo [de Celan] nunca fue «comprender» en el sentido filosófico o histórico del término, sino más bien captar, restituir con palabras el sentido de un desgarramiento de la historia a partir del sufrimiento que marcó a sus víctimas"⁵.

Lo que resulta llamativo es su adopción del alemán, su adopción de "la lengua de la muerte" como medio de expresión de su dolor trasladado a su obra, dolor que emanaba de su esperanza perdida y que, en última instancia, como señala el autor, terminó con su vida en 1970 en las aguas del Sena.

Los supervivientes por excelencia del genocidio están encarnados en las figuras de Jean Améry y Primo Levi, trágicos protagonistas del séptimo apartado. Nacidos en la década de 1910, activos militantes del antifascismo y de la resistencia antinazi, fueron deportados y marcados, tanto en el alma como en el cuerpo en Auschwitz, destino que los llevó a ambos a quitarse la vida. Sin embargo, la similitud más rescatable entre ambos es el intento de pensar, a partir de Auschwitz, la condición del hombre: aquí radica el criterio de Traverso para seleccionarlos. La necesidad de extender el testimonio de las víctimas a la memoria de toda la sociedad es parte de la función redentora de la memoria: el olvido es sinónimo de complicidad, de injusticia. "Las víctimas sin duda pueden optar por el silencio, pero también están ligadas al deber ético del testimonio pues, según Levi «la negativa de comunicar es una falta»"⁶.

La responsabilidad de los intelectuales, anteúltimo capítulo del libro, es enfocada desde los planteos de dos ensayistas no judíos, que reflexionaron de distinta manera sobre los hechos: Jean-Paul Sartre y Dwight MacDonald. El primero sería un "intelectual cegado", en términos de Traverso, que sólo observaría a la cuestión judía en el caso Dreyfus y que se encontraría paralizado en una Europa que sólo encuentra ruinas y destrucción a su alrededor. Parecería no tener la capacidad de ver el cambio de siglo y separar las pasiones románticas decimonónicas del antisemitismo de los nuevos fenómenos inaugurados con el nacionalsocialismo.

En contraposición, MacDonald, encuentra un nuevo rasgo en el genocidio, donde el odio racial se encuentra a la cabeza del régimen nazi, constituyendo la

⁵ *Ibidem.*, p. 158.

⁶ *Ibidem.*, p. 194.

novedad del fenómeno y extendiendo, dado que nadie ha salido indemne de la guerra, la reflexión sobre la responsabilidad y las consecuencias del hecho a toda la humanidad. Siendo un verdadero “alertador de incendio”, el graduado de Yale percibe tempranamente la ruptura civilizatoria de Auschwitz. El compromiso con la “situación” es lo que según Traverso, marca la elección del norteamericano, cuyo ámbito cultural más próximo no era el más cercano a la realidad de los campos de exterminio nazis, cuestión que no le impidió denunciar y reflexionar en torno al tema.

En síntesis, y retomando lo que expresa en sus conclusiones, Enzo Traverso intentó transmitir a través de una selección de figuras del mundo del pensamiento, como se reflexionó y se narró la experiencia humana en el infierno, en ése infierno que significó un antes y un después en la historia de la humanidad, y que fue llevado a cabo a través de una organización burocrática-administrativa e industrial de la muerte sin precedentes, elemento que fue percibido por las personalidades mencionadas y que lleva al autor a desechar el término holocausto por “conferir una justificación teológica a la tragedia judía, que de este modo aparece ora como un «castigo divino»”⁷.

Por último, debe ser subrayada la insistencia de Traverso en la marginalidad del debate en los años posteriores a la tragedia, lo que nos coloca frente a un hecho que aún hoy puede arrojar nuevas perspectivas y que, debido a su naturaleza, no debe ser tratado aislado de un contexto temporal y espacial más amplio que la Alemania de comienzos del siglo XX. Por otro lado, la importancia y riqueza del libro nos permite pensar nuevas perspectivas de análisis para la historia reciente.

⁷ *Ibidem.*, p. 237.